

CAMPAMENTO.—Novela de *Gregorio López y Fuentes* (1).

«Campamento» es lo cotidiano en el guerrear. Las pequeñas miserias, los heroísmos imperceptibles que forman el diario vivir revolucionario. No es una novela heroica, mas bien podríamos caracterizarla como la novela de las costumbres revolucionarias.

En sus páginas se puede apreciar lo revuelta que fué la revolución mexicana. A cada momento tropas federales se «chquetean», es decir, se pasan a los contingentes rebeldes, y esto lo hacen no por convicciones profundas, sino sencillamente porque el triunfo está próximo y conviene estar entre los vencedores.

El movimiento revolucionario hace actuar a los hombres—sus partidarios o sus enemigos—sin mostrar grandes preferencias. A todos los cobija y de todos se sirve. Triunfan muchas veces los contrarrevolucionarios, sin embargo la revolución ha triunfado. Ya no se puede pensar como se pensaba antes. En todos los espíritus han madurado, rápidamente un sinnúmero de nuevas vivencias y modos de apreciar. La revolución se ha hecho.

La revolución en su período de lucha, es para el hombre que actúa a favor de ella o en su contra, un cierto número de acontecimientos favorables o desfavorables que le tiene que acontecer. Por eso es genial en su inconsciencia la contestación de Demetrio Macías—el héroe de «Los de abajo»—al general Natera.

«—¡Cierto como hay Dios, compañero; sigue la bola! ¡Ahora Villa contra Carranza!—dijo Natera.

—Se trata, a lo que parece, de seguir peleando, habló Macías. Bueno pos a darle; ya sabe, mi general, que por mi lado no hay portillo.

«—Bien ¿y de parte de quién se va a poner?»

Demetrio, muy perplejo, se llevó las manos a los cabellos y se rascó breves instantes.

(1) Editorial Espasa Calpe. Madrid, 1931.

—Mire, a mí no me haga preguntas, que no soy escuelante...

—...La aguilita que traigo en el sombrero usted me la dió...

Bueno, pos ya sabe que no más me dice: Demetrio haces esto, y esto y esto... ¡y se acabó el cuento!»

Y también tiene razón a su modo—en la misma obra el loco Valderrama:

—«¿Villa?... ¿Obregón? ¿Carranza?... ¡X...Y...Z!... ¿Qué se me da a mí?... ¡Amo la Revolución como amo al volcán que irrumpe! ¡El volcán porque es volcán; a la Revolución porque es Revolución!... ¿Pero las piedras, que quedan arriba o abajo, después del cataclismo? ¿qué me importan a mí?...»

La revolución va despojándose de 100 ropajes equívocos hasta tomar el auténtico, el único que corresponde a lo que existe en los hombres y en los acontecimientos que en ella participan. Revolución: raza buscándose en períodos acelerados.

Todo esto aparece en las novelas mexicanas de la revolución, pero en «Campamento» está apreciado desde un punto de vista menos heroico, más escéptico y cotidiano. El autor ha dejado fuera de sus páginas a los caudillos famosos, y a las grandes batallas con título. Pero en cambio, aparece en el relato el participante anónimo, multitudinario sin brillo. Así la soldadera que acompaña al rebelde en sus fatigas. Los generales honrados y los ladrones, los que sólo roban para sí, y los que dejan robar a la tropa sin robar ellos. Las confesiones que en las noches de campamento hacen el bandido sin nombre y el pequeño agricultor, o el presidiario a quien los rebeldes pusieron en libertad, de los motivos que los impulsaron a la revolución.

Los pequeños detalles de la vida diaria del soldado, son descritos por López y Fuentes con gran detalle y comprensión. También el heroísmo triste, pasivo y fatalista del soldado que siempre tiene a flor de labio la misma frase: «Al fin no me he de morir de parto».

Esta novela mexicana tiene cierto parecido —guardando las proporciones—con «Sin novedad en el frente» de Erich María Remarque. En ambas la miseria no se disimula con ningún ropaje heroico, pero en «Campamento» el autor nos da en re-

petidas ocasiones una optimista nota campestre, que entona por momentos el ánimo del lector.

«Campamento» es un libro desilusionador para los lectores acostumbrados a encontrar en las novelas revolucionarias, verdaderas novelas de aventuras. En cambio, constituye un buen documento para los que quieren conocer la vida anónima de la tropa revolucionaria, en cuyo nombre y con cuyo apoyo se hizo la revolución.—*Juan Uribe-Echevarría.*

EL ABRAZO DE LA TIERRA, de *Mari Yan.*

La crítica literaria se ejerce por lo general en nuestro país sin la imparcialidad que requiere el juicio elevado y sereno; teñida de personalismo, ella no es ni la manifestación subjetiva de la emoción estética del crítico, ni la interpretación artística de la obra literaria. Acá se elogia o se denigra rotundamente; se apela al ditirambo o al sarcasmo agresivo, según sea el ánimo del crítico con respecto a la persona del escritor cuya obra se juzga. Así se explica que críticos y escritores vivan repeliéndose llenos de odiosidades. El crítico, según nuestra opinión, debe oscilar entre los juicios extremos, evitando el elogio desmedido o la negación inapelable. Claro es que cuando se produce una obra egregia o se escribe un libro detestable, el juicio debe ser categórico sin recatear elogio o condenación. Alguien ha dicho que la crítica debe ser siempre elogiosa a fin de que sirva de estimulante al escritor. Se ha refutado tal opinión diciendo que el verdadero artista no necesita de estimulantes externos, que no hay mayor estímulo que la fuerza emotiva que dimana de su propio espíritu; así, sean favorables o adversos, los juicios de la crítica, seguirá produciendo siempre que haya en él auténtica calidad artística.

Las observaciones anteriores nos han sido sugeridas por la lectura de los juicios críticos que se han publicado acerca de la novela *El Abrazo de la Tierra* (1), de que es autora Mari Yan.

(1) Empresa Letras. Santiago de Chile.